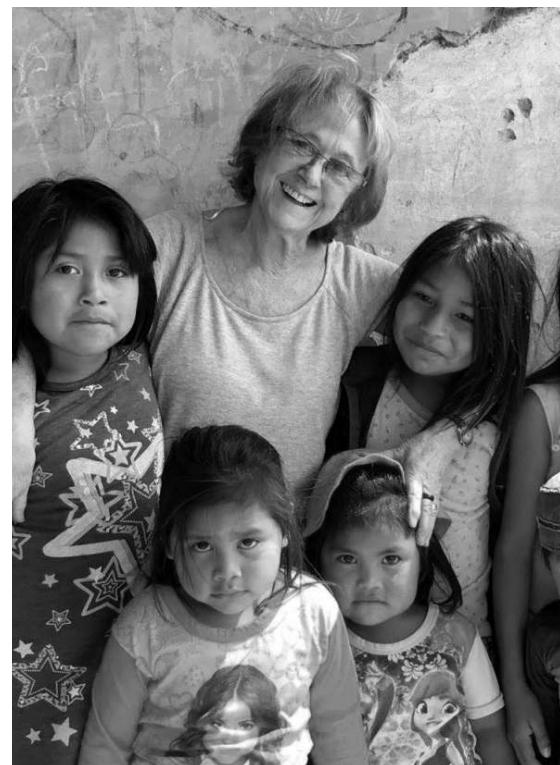


Lola Llorente

NO SE QUEDÓ A ORILLAS DE LAS ACEQUIAS

El 11 de mayo de este 2024, el mismo día, a 50 años del martirio de Carlos Mugica, María Mercedes Llorente dio el paso pascual. Menuda y movediza siempre tuvo la agilidad, la iniciativa y la disposición para andar por los caminos que le demandó su vida de servicio. Salió de la comodidad de su familia porteña para sumergirse en los arenales riojanos. Como otras mujeres de su tiempo y de su clase social, escuchó lo del Evangelio y el Pueblo; y se entusiasmaron con la pastoral de Monseñor, como le decían al obispo Angelelli en aquellos pagos norteños. Y el “Monse” las acompañó en todas sus opciones y compromisos. Aunque fue María Dolores desde que se incorporó



a las religiosas “azules” hasta 1985, siempre la conocimos como “Lola”.

Y desde aquellas fronteras formoseñas de El Potrerillo, donde se radicó para acompañar a las comunidades originarias de ese lugar, dio continuidad a su opción por los pobres, luego de truncado el camino riojano por el terrorismo de estado. Seguidora fiel de TIEMPO LATINOAMERICANO, desde aquellos remotos lugares; y en tiempos de pandemia se sumaba a nuestras actividades, siempre que lo permitieran las conexiones virtuales, no siempre tan “aceitadas”. Pero cada conmemoración martirial de agosto nos volvía a encontrar presencialmente en Punta de Los Llanos; o en las actividades pre-

vias a la beatificación de los mártires, donde aportó el testimonio de su paso riojano. En su voz se hicieron presentes no sólo las compañeras que integraron aquella comunidad religiosa en los barrios alejados del centro de la ciudad, como El Cardonal donde tenían su rancho que llamaban “El Nudo”. También estuvieron las empleadas domésticas, el “servicio” donde Lola también se forjó, para experimentar en carne propia las penurias y maltratos de un trabajo mal pago y sin leyes que lo protegiera. Y allí empezaron a juntarse, a conversar y a organizarse hasta formar el Sindicato de Trabajadoras en Casas de Familia; también con el apoyo de nuestra amiga “Sarita” Astiazarán, que ya tenía su experiencia cordobesa desde que el obispo auxiliar Angelelli la alentara en los años sesenta. Lola se nos acaba de ir sin habernos cumplido la promesa de escribir esa rica experiencia; o quizás algún borrador podamos encontrar si se escarban los papeles de sus últimos tiempos en Buenos Aires, cuando la enfermedad ya la venía acorralando. Pero la querida Lola era más de andar que de escribir...

Pero escribió y leyó en nombre de todas las religiosas consagradas de La Rioja en la despedida del Pastor asesinado, en el atrio de la Catedral, aquel 6 de agosto de 1976, cuando se realizaron las exequias: “Monseñor, Padre,

hermanos y amigos. Hoy las religiosas de esta Iglesia Diocesana, a la que Ud. tanto amó y por la que Ud. dio su vida, le decimos: queremos seguir adelante más que nunca, queremos seguir entregando nuestras vidas al servicio de Jesús Cristo y de la Iglesia, con la fuerza que nos da el testimonio de su fidelidad. Queremos seguir caminando en la renovación impulsada por el Concilio Vaticano Segundo, como Ud. comenzó hacerlo en esta querida tierra riojana; viviendo en profundidad lo que tanto nos insistió, ‘pongan un oído en el pueblo y otro en el Evangelio’. Queremos seguir acrecentando la amistad, la unidad y la co-responsabilidad de esta Iglesia de La Rioja, con la alegría y la esperanza que han marcado su vida. Queremos seguir buscando con el pueblo y desde el pueblo compartiendo sus dolores y sus esperanzas toda su vida, con el cariño y la ternura que caracterizó su servicio incansable e incondicional. Monseñor, lo sentimos presente y acompañándonos; con Ud. seguimos caminando, y estamos seguros que su protección unida a la de San Nicolás, como Pastor de esta Iglesia, harán que la paz y la justicia, que Ud. sembró en esta querida tierra riojana, florezca en un verdadero Tinkunaco para nuestro pueblo y nuestra patria.”¹

Esas palabras se hicieron acciones,

¹ Texto grabado y desgrabado por los servicios de Inteligencia de la Policía Federal, Regional La Rioja (215/309), incorporado en Carpeta de Prueba del juicio por el homicidio del Obispo Angelelli, TOF La Rioja, 2014.

Lola Llorente

en fidelidad hasta que se agotaron las fuerzas.

Pero además Lola también sacó de su corazón el secreto de una hermosa carta que El Monse le había enviado en los últimos meses de la persecución riojana de 1976. La guardaba como un tesoro; pero me envió una fotocopia autenticada que la presentamos como prueba en el juicio que esclareció el crimen y condenó a algunos de sus asesinos en el 2014. Tenía razón Lola en mezquinarla porque era muy personal. Su Padre y Pastor le relataba de todo un poco, empezando por animarla a asumir el cambio de destino cuando la sacaron del barrio y la trasladaron a la comunidad de Aimogasta. En estas “charlas siesteras”, el obispo era “languero”, hasta que se le acababa la hoja tamaño oficio, siempre tecleada al ritmo rápido de su actividad: “Tenés que ayudarle a esa comunidad a ser un nuevo ‘nudo con la luz de estrellas’... la Esperanza es propia de los hombres que caminan y no de los quedados a orillas de las acequias.” Era el Pastor amigo que se tomó su tiempo para dedicárselo a Lola. La carta fue fechada el 7 de mayo, un día antes de que el obispo viajara para la Asamblea de la Conferencia Episcopal, donde intentaría exponer, - sin que se lo permitieran, - los hechos concretos de persecución en su diócesis por parte de las fuerzas militares. De la necesidad de la unidad episcopal “para responder en estos momentos con eficacia evangélica”,

también le escribió a Lola.

“Por aquí sacudiditos; – le confidenció – parece un hecho que la misa radial no podrá ser más transmitida; sí la harán desde el Regimiento; estos son los datos que tenemos, muy serios; esperamos qué sucede.” Efectivamente, pocos días después era transmitida la misa del capellán militar Antonio Pelandra López. Y más adelante: “Siguen poniendo a otros en la sombra; cada vez más claro el panorama de supervigilancia a la Iglesia. [...] Por más requisas y vigilancias no podrán matar nunca la fuerza del ESPÍRITU SANTO.” Al finalizar le aseguraba su cercanía “para que sepas que no estás sola, como choco ladrándole a la luna”. Y terminaba porque “se acaba el papel” ... “con un saludo de los lindos”, prometiéndole volver. La firmaba “Pascualino Corquelianio”, con letra manuscrita conocida e inconfundible para Lola.

Lola Llorente no se quedó sola “ladrándole a la luna”, porque su vida fue siempre con otros y otras, solidaria y fraternalmente en comunidad. Ni tampoco “a orillas de las acequias”, porque las aguas la llevaron a regar las siembras de esperanzas, con sonrisas y tenacidad. Por eso la “sentimos presente” como ella y aquellas otras mujeres sintieron al Pastor y amigo asesinado aquella tarde de agosto del 76.

Córdoba, 15 de mayo 2024
Vitín Baronetto